

JORDI SIERRA I FABRA

Las palabras heridas



Siruela

Edición en formato digital: febrero de 2017

En cubierta: ilustración de © Gabriel Pacheco

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Jordi Sierra i Fabra, 2017

© Ediciones Siruela, S. A., 2017

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-17041-11-3

Conversión a formato digital: María Beloso

*Before I die I'll write this letter
Here are the secrets you must know
Until the cloak of evening shadow
Changes to mantle of the dawn...*

Antes de morir voy a escribir esta carta
aquí están los secretos que debes saber
hasta que el manto de la sombra nocturna
se transforme en la capa del alba...

«Strictly confidential», Estrictamente confidencial,
BRYAN FERRY, Roxy Music, 1973

A

1

La nieve era blanca.

Parecía lo más normal.

Pero ¿cuánto llevaba sin ver nieve blanca?

Era como si ya cayese sucia del cielo.

Sucia por las pisadas de las botas, por el silencio, el miedo y la desolación. Sucia porque era como si los propios pensamientos de unos y otros, soldados y prisioneros, la contaminaran. Sucia porque en el aire flotaba la misma niebla, gris y opaca, que se les metía en el cuerpo y les anulaba los sentimientos.

Sentimientos, allí.

Li Huan se detuvo frente al barracón.

Sí, la nieve que lo rodeaba era blanca.

Impoluta.

Una extraña sensación.

Como si aquello fuese una isla.

Estaba cansado, había sido un viaje largo. Cuanto antes terminara con los prolegómenos y la burocracia, mejor. Aun así, permaneció quieto unos segundos, con la puerta a menos de cinco pasos. La puerta tras la cual se adivinaba un

cierto calor, porque de la chimenea salía una columna de humo oscuro que se elevaba directa hacia el cielo.

No había viento.

Nada.

Solo el silencio.

Li Huan enderezó la espalda, estiró su maltrecho uniforme, se caló bien la gorra. En el cuartel del que procedía, un simple botón mal abrochado representaba gritos, un castigo, una cruz en el expediente militar. Claro que allí, tan lejos de ninguna parte, en un campo de prisioneros políticos, tal vez las cosas fueran distintas.

Se miró las botas embarradas.

Imposibles de limpiar.

Pese a ello, hizo lo que pudo con la mano izquierda.

Cinco pasos.

Dio el primero, y con el último abrió la puerta de madera.

Al otro lado, un soldado, como él, levantó la cabeza. Estaba sentado detrás de una mesa llena de papeles y parecía muy concentrado en ellos. Su cara no cambió de expresión. Siguió siendo hierática. Tendría tres o cuatro años más y debía llevar mucho tiempo haciendo lo mismo. La piel era tan blanca como la nieve que rodeaba el barracón.

Li Huan pensó que, probablemente, el sol nunca iluminara aquel rincón sombrío de la tierra.

—Cierra la puerta —le espetó el soldado al ver que se detenía más de la cuenta en el umbral.

Le obedeció.

El frío quedó en el exterior.

—¿Eres el nuevo? —volvió a hablar el soldado.

—Sí.

—Papeles.

—Oh, claro.

Los sacó del bolsillo derecho del uniforme y se los entregó. El examen fue rápido. Tampoco le tocaba a él darle la bienvenida. Eso le correspondía al oficial al mando. El soldado acabó poniéndose en pie.

—Espera.

—Sí —asintió.

La siguiente puerta estaba a espaldas de su anfitrión. Le vio desaparecer tras ella y se quedó solo.

Li Huan miró a su alrededor.

Nada.

Pragmatismo puro.

Algunos estantes, un mapa de la zona, ningún libro. La chimenea debía de estar en el despacho del oficial. La sensación de desaliento acabó impregnándole más y más, como consumación de su largo viaje.

Qué lejos estaba la capital.

Su mundo.

Su casa.

Por su cabeza revolotearon las voces.

—Cuanto más lejos llegues, más mundo conocerás —le había dicho su padre.

—Cumplirás una misión sagrada. Hay muchas formas de servir a la patria —le había dicho su madre.

—Haz bien tu trabajo y volverás —le habían dicho los amigos.

—¡Qué suerte tienes! —le había dicho su hermano pequeño—. ¡No harás sino vigilar a unos desgraciados, lejos de cualquier problema!

¿Suerte? ¿Allí?

¡Suerte la de él, que por ser el segundo se quedaba a cuidar de sus padres, escapando de la obligación del servicio militar que le correspondía al hijo mayor!

Tardaría no menos de tres años en regresar a casa.

Para entonces quizá Shi Lin estaría ya prometida o casada con otro.

Li Huan volvió a sentir aquel dolor.

Aquella frustración.

Recuperó el semblante serio al volver a abrirse la puerta. Si alguien interpretaba sus pensamientos, veía un resquicio o leía en sus ojos, acabaría allí mismo, pero preso. Cual-

quier duda equivalía a una sentencia. No podía cundir el desánimo ni el desaliento entre la tropa. Servían al líder. Servían al Partido. Servían a una idea. Defendían su libertad frente a la opresión caduca y ruin del decadente Occidente. Esa era su fuerza.

—Te recibiré ahora mismo —le dijo el soldado.

—Bien.

El otro no se sentó. Dio un par de pasos, se apoyó en la mesa y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué tal va todo por ahí fuera? —preguntó de manera más amigable.

—Como siempre. —Li Huan se encogió de hombros.

—¿Como siempre?

—Sí. —Repitió el gesto—. Todo está muy tranquilo.

—Aquí no llegan muchas noticias, ¿sabes?

—Lo imagino.

—Ya te acostumbrarás.

—Supongo.

La voz del superior llegó hasta ellos con fuerza. El soldado se apartó de la mesa y le dejó paso.

—Le gusta controlarlo todo personalmente —dijo.

—Gracias.

Li Huan cruzó el segundo umbral.

—Entra —ordenó el oficial al mando.

No levantó la cabeza para mirarle. Siguió escribiendo algo en un cuaderno. Li Huan cubrió la breve distancia, tres pasos, y se cuadró. El oficial llevaba galones de capitán, así que allí la máxima autoridad tenía un rango inferior a comandante.

Una prueba más de lo lejos que estaban de todo.

El fuego rugía en la estufa. Unos troncos de madera se apilaban junto a ella. Por detrás del hombre, presidiendo la estancia y sus vidas, un enorme retrato del líder, el Gran Padre, con su mirada seria y penetrante. La leyenda decía que algunos incluso habían muerto al estar en su presencia o al mirarle directamente a los ojos.

Nadie se atrevía a negarlo. Para algo eran leyendas.

Cuando acabó de escribir, el oficial levantó por fin la cabeza y hundió en él sus acerados ojos.

Los papeles que acababa de entregarle al soldado de la entrada estaban allí, a un lado.

No hizo falta que los leyera de nuevo.

—Li Huan.

—Sí, mi capitán.

—Dieciocho años.

—Sí, mi capitán.

—Sabes leer y escribir mucho más allá de la evaluación media.

—Sí, mi capitán.

El oficial se reclinó en su silla. Unió las dos manos frente a sí mismo y las apoyó en la mesa. Seguía muy serio.

—Deja de llamarme capitán, ¿quieres? —Su tono rezumaba fastidio—. Tengo dolor de cabeza. —Hizo una pausa—. Llámame camarada, o mejor solo asiente.

Li Huan hizo esto último.

—Ahí dice que eres listo. —Señaló el expediente—. Y que eras un buen estudiante.

—Sí, camarada.

—¿Qué pretendías con eso?

—Quería ser escritor. —Fue sincero, porque mentir significaba una traición al Sistema—. No era más que un niño, claro. Fue antes de la Revolución. Por suerte tuve buenos maestros y me di cuenta de mi temeridad. Eso me hizo reflexionar. Se sirve con la fe ciega, no con las ideas o las palabras.

El capitán fue ahora el que asintió con la cabeza.

—Nos vendrás bien aquí —dijo—. Son nuevos tiempos, nuevas directrices, y se necesitan nuevos empujes para llevarlas a cabo. Por eso te han mandado a este campo.

—Sí, cap... camarada.

—¿Sabes qué clase de prisioneros tenemos aquí?

—Políticos.

—No. —Chasquéo la lengua—. Es algo más que eso. Mucho peor. —Volvió a aproximarse a la mesa y se acodó en ella, sin apartar los ojos del recién llegado—. Aquí tenemos a la escoria, al cáncer de nuestra sociedad. Los disidentes políticos son los peores, Li Huan. Un traidor es un traidor, un enemigo. Pero un disidente, un intelectual, que dice amar a la patria pero niega el orden, el Sistema, el Estado popular, las directrices del Partido y de nuestro Gran Padre... —Arrastraba las palabras con asco—. Este no es un campo de prisioneros normal. Tenemos a lo peor de nosotros mismos, de nuestro pueblo. Podríamos matarlos, y eso sería lo más sencillo. Muerto el perro, muerta la rabia. Sin embargo, no somos bestias. Esa es la magnanimidad de nuestro líder. Aquí intentamos que juzguen su mal por sí mismos, con la esperanza de una reeducación ejemplar. A la mayoría les bastaría una palabra, pero no la pronuncian. Prefieren morir. Son obstinados. Nuestra misión, pues, no es fácil. Pero el Gran Padre confía en nosotros. Por cada uno que se salva, ganamos todos. ¿Entiendes lo que estoy diciéndote, Li Huan?

—Sí, camarada.

El capitán le apuntó con un dedo.

—No hables con ellos. Eso lo hacen los reeducadores. Ten mucho cuidado: te envenenan con las palabras y te confunden con las ideas. Va a haber cambios, de los que te informaré oportunamente. De momento haz tu trabajo y sirve a tu patria. Es un honor del que pocos pueden presumir.

Li Huan asintió.

El oficial también lo hizo.

Fin del primer encuentro.

—Preséntate al sargento de guardia. Él te dará instrucciones.

—Gracias, capitán. —Se cuadró de nuevo—. Serviré con lealtad al máximo de mis capacidades.

Su superior correspondió al saludo.

Un minuto después, caminando sobre la nieve, Li Huan pensó que todo había ido mejor de lo esperado.

A fin de cuentas, aunque «se esperaba algo de él y por eso lo habían mandado allí», no era más que un soldado.

¿O no?

2

El sargento de guardia estaba en el barracón central. Recogió su petate de la entrada, donde ya se lo habían inspeccionado y controlado, y se dirigió a él. No tuvo que preguntar. Lo primero que escuchó fueron sus gritos, su vozerón grueso, de tono marcadamente grave, como si no hubiera hecho otra cosa en la vida que gritar y gritar. Cuando se cuadró ante el hombre, se sintió empequeñecido por su envergadura, el doble de la normal. Se preguntó si era sargento mayor a causa de ello o si por su tamaño lo habían colocado en aquel escalafón militar.

—¿Tú eres el nuevo? —le aulló en la cara.

—Sí, mi sargento mayor.

—¿Cómo te llamas?

—Li Huan, mi sargento mayor.

—¿Vas a repetir siempre eso?

—¿El qué, mi sargento mayor?

Tenía la cara a un palmo de la suya. Pero seguía gritándole.

Mirada afilada.

Aliento podrido.

—¡Wu! —Sonó como si quisiera asustarle—. ¡Mi nombre es Wu!

—Sí, sargento Wu.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciocho.

No le gustó. Lo demostró con su cara de desprecio, sin cortarse.

—¿Ahora nos mandan niños?

Li Huan no se atrevió a contestarle.

—Algo traman —rezongó Wu—. Pero aquí no nos dicen mucho. ¿Has visto ya al capitán Qun Ming?

—Sí, mi sargento.

—¿Y?

—Ha ordenado que me presente, camarada.

El corpachón vaciló un par de segundos.

Debía gustarle que le llamaran camarada.

—Descansa. —Dejó de hablarle tan cerca de la cara—. Pareces un palo tieso.

Li Huan adoptó una posición más relajada.

Sin bajar la guardia.

—¿De dónde vienes?

—Del Centro Asistencial 9. —Esta vez se ahorró el tratamiento.

No pasó nada.

—¿Y te mandan aquí? —Wu movió la cabeza de lado a lado—. Sí, algo traman. En lugar de arrasar este lugar nos envían a chicos como tú. De la capital, nada menos. —Miró por la ventana, hacia la oscuridad exterior—. Yo nunca he estado en la capital, ¿sabes?

No era una pregunta. Solo un comentario en voz alta.

Tal vez una queja.

Transcurrieron cinco, seis segundos.

Hasta que el sargento mayor recuperó su tono más agresivo.

Se volvió hacia él.

—Escucha, soldado. —Señaló al otro lado de la ventana—. Estamos aquí para cuidar de unas bestias. Si por mí fuera, ya estarían todas bajo tierra. Pero yo no soy nadie. Si nuestros líderes se empeñan en no rendirse, demostrando su valor y buen juicio, ¿quién soy yo para obstinarme en lo

contrario? Si ellos creen que recuperarles sirve a un bien común y es una victoria para el Sistema, ¡haremos lo posible para que así sea! ¿Estás de acuerdo?

—Sí, sargento Wu.

—Pero eso no significa que debemos bajar la cabeza, ni ser débiles, ni respetar a quien no nos respeta. ¡Si para reeducarles hay que emplear el látigo, se emplea! ¡Si para hacerles ver la verdad hemos de hacerles sangrar, les hacemos sangrar! ¡Y si ellos prefieren morir, van a morir, pero no a su manera, sino a la nuestra! —Volvió a aproximar su rostro al de Li Huan—. ¡Esos intelectuales nos miran con superioridad aun estando aquí! ¡Se creen superiores! ¡Viven en un mundo falso creado por sus mentes fanáticas! No podemos mostrar la menor debilidad, soldado. ¡Jamás! Si ellos creen que tenemos dudas, a su modo van a ganar. ¡Y eso no podemos consentírselo! ¡Si para que uno entienda hay que matar a diez, mataremos a diez, y finalmente a ese uno si, a pesar de todo, sigue sin cambiar de actitud! ¡Ese es el desafío, soldado Li Huan! ¡Ese y no otro! ¿Lo has entendido?

—Sí, sargento Wu.

Volvió a apartarse de él y, tras los gritos, acompañó la respiración. Wu era calvo, pero mantenía un fino bigotito que iba de un lado a otro de su labio superior. Tenía las manos grandes.

Manos capaces de aplastar a una persona con solo un golpe.

—Quiero el máximo de disciplina.

—Sí, camarada.

—Me contarás a mí personalmente todo lo que veas, todo lo que oigas, todo lo que intuyas, todo lo que pienses. No al capitán: a mí. Soy yo el que debe informarle a él.

—¿Y si es él quien me pregunta?

—¿Me tomas por tonto? ¡Entonces le respondes, naturalmente!

—Perdone, sargento Wu. —Se estremeció de manera instintiva.

—¿Tienes frío?

—Sí, camarada.

—Ve a que te den ropa de abrigo. Luego te llevarán a tu alojamiento. Descansa esta noche. Mañana, a las seis en punto, en pie. Que tu compañero de habitación te cuente las normas del campo. ¿Alguna pregunta?

Tenía muchas, pero no quiso hacerlas.

No al sargento Wu.

El barracón de intendencia estaba justo al lado. No había mucho donde escoger. Tenían media docena de uniformes, de abrigos, de botas y de casi todo lo demás. El soldado que lo examinó de pies a cabeza lo evaluó sin hacerle preguntas y le entregó un abrigo y un gorro. Luego le puso un papel sobre el mostrador.

—Pon aquí tu nombre.

—¿He de firmar conforme recibo esto?

—¿Tú qué crees? —El soldado le miró con sorna—. Abrigo número 57 y gorro número 35. Pobre de ti si cuando te vayas no los devuelves.

—¿Y si se rompen?

—Se cosen y en paz.

—¿Y si pierdo algo?

No hizo falta que le contestara. Bastó con la nueva mirada de «allá tú si estás tan loco». Recogió las dos cosas y salió sin ponérselas. Las distancias en la zona exterior no eran grandes. De hecho, el campo tampoco lo era. La «máxima seguridad» residía en el hecho de que estaban muy lejos de cualquier pueblo, ciudad o lugar habitado. Fugarse era una locura. Le habían dicho que allí permanecían encerrados menos de doscientos hombres.

Pocos salían.

Y la mayoría de los que lo lograban lo hacían muertos.

Su última etapa: el barracón de los soldados.

—La trece —le indicó un cabo que parecía ocuparse de los guardias.

En el pasillo vio una pizarra con los nombres, las asignaciones diarias y los horarios de cada uno. El suyo todavía no constaba en la relación. Abrió la puerta de la habitación trece y se encontró con una pequeña estancia ocupada por dos camas. La bombilla suspendida del techo apenas daba una luz mortecina que diseminaba sombras por las cuatro esquinas. La diminuta ventana tenía un cristal roto y un cartón cubría el hueco para que no se escapara el poco calor que daba la tubería que recorría el suelo de lado a lado, por debajo de las camas. La estufa debía de estar en alguna sala principal y hacía llegar el calor a las habitaciones por ese sistema, aunque probablemente las más alejadas apenas si lo llegaran a sentir.

La tocó.

Algo era algo.

La cama de la derecha era la que estaba ocupada. En los estantes suspendidos de la pared, a sus pies, vio algo de ropa y poco más. Se sentó en la de la izquierda sin muchas ganas de deshacer su petate. Tampoco él llevaba demasiadas cosas. El Ejército no era muy generoso. Y si en el estante ponía la fotografía de sus padres y su hermano, tal vez le acusasen de sentimental, de estar más atado a la familia que al Partido. Un signo de clara debilidad.

No era un decadente.

Quería servir, y hacerlo bien.

Ser digno.

En cualquier momento podían llamar para la cena, así que optó por no perder más tiempo. Se levantó, abrió la bolsa y sacó su ropa. La fue apilando en los estantes.

La fotografía se quedó en el petate.

Acababa de hacerlo todo cuando la puerta se abrió y por ella apareció el que debía de ser su compañero de habitación.

La persona con la que compartiría su vida en los próximos meses, quizá años.

Joven, veinte o veintiún años, rostro redondo, ojos pequeños, sonrisa comedida.

Li Huan esperó.

—Bienvenido —le dijo con una inclinación de cabeza el aparecido—. Soy Xi Shang.

3

Después de sus sombríos pensamientos al llegar al campo la tarde anterior, por la mañana se sorprendió de que luciera el sol.

Un sol frío.

Pero sol al fin y al cabo.

—¿Preparado para tu primer día? —le preguntó Xi Shang.

—Sí.

—Entonces vamos.

Se lavaban con agua fría en unas duchas situadas al final del pasillo, aunque estas solo funcionaban una vez a la semana. El resto de los días lo hacían en los mismos lavaderos que servían para la ropa. Había que volver rápido a las habitaciones para evitar quedarse congelados. Con la ropa de abrigo entraban poco a poco en calor. El desayuno se servía en un comedor adyacente. Antes de salir, en la pizarra vio su nombre.

—Te han puesto conmigo. —Le hizo ver su nuevo compañero—. Para que te instruya un poco.

Apenas si habían hablado la noche anterior, porque el gong anunciando la cena sonó nada más llegar él a la habitación. En el comedor saludó a los demás guardias. Veinte en total. Uno para cada diez presos.